



# TRAGEDIA NACIONAL EN LA EDUCACION

A finales de julio, la Asociación Nacional de Educadores Salvadoreños (ANDES) informaba los datos siguientes en torno al efecto de la violencia política sobre la educación nacional: (Cfr: PROCESO No. 11-12, agosto 1980, pág 37).

514 escuelas cerradas en el país  
83 maestros asesinados  
4,000 maestros amenazados  
85% de escuelas cerradas en la zona oriental del país  
45% de deserción escolar en todo el país.

Si a esto se agrega la intervención militar de la Universidad de El Salvador y el asesinato de su Rector ocurrido en los últimos días de octubre, el panorama resulta más abrumante.

Sería inexacto plantear que todos los actos de amenazas y asesinatos políticos tengan como victimarios únicamente a fuerzas gubernamentales y a fuerzas paramilitares de ultraderecha. En esta guerra injusta en que el país cayó con motivo de la prepotencia del egoísmo minoritario frente a las necesidades de las mayorías empobrecidas, están cayendo víctimas a lo largo de todos los bandos en pugna. La ultraizquierda también está cobrando su cuota de sangre y soslayar esta realidad sólo indicaría ignorancia de los hechos o parcialidad en la estimación del proceso.

Lo que sí podría sostenerse es que, dado el nivel y las características que el conflicto armado ha tenido hasta el momento, una mayoría de ac-

tos de violencia serían reputables a las fuerzas gubernamentales y a las organizaciones paramilitares de ultraderecha. Así, la mayor parte de las cifras de asesinatos y amenazas a maestros y alumnos caería, al menos es la hipótesis que los datos permiten sostener, en el margen de las acciones que corresponden a las fuerzas gubernamentales y ultraconservadoras. Habría una cifra menor, atribuible a las acciones de las fuerzas de ultraizquierda. En los casos de cateos y violaciones a centros de estudio no parece haber mayor problema para esclarecer su responsabilidad.

El caso es que, dentro del sangriento conflicto, la educación nacional ha sido herida en sus nervios más sensibles: han muerto maestros, han muerto estudiantes, se mantiene bajo amenaza a innumerables elementos de la comunidad educativa, se han profanado centros de educación, privados y oficiales, los docentes se han visto obligados a concluir el año antes de la fecha normal y los programas de estudio han sido cubiertos rápida y superficialmente, cuando no cercenados en buenas de sus partes fundamentales por la premura de finalizar un año académico en el que la muerte podría ser el certificado de promoción.

Agredir tan violentamente al sistema educativo deja mucho que pedir a nuestra identidad de sistema civilizado. Una sociedad que agrede a sus mentores, que agrede a su juventud y que resquebraja la infraestructura en que se desarrollan las tareas educativas, es una sociedad ignorante, irresponsable o decadente. Una sociedad que, sabiéndose lacerada por abultados problemas edu-

cativos (analfabetismo, deserción escolar, ausentismo etc...), embate irracionalmente contra lo que le sería más caro, es una sociedad al borde de su propio cataclismo.

Venga de donde venga el acto de violencia, si al maestro y al discípulo se les mata bajo el supuesto de que "muerto el predicador y el oyente se acabó la doctrina", esa muerte es errónea e inútil. Una idea, cualquiera que sea, si es verdadera y tiene fuerza, se mantiene, se proyecta y se enriquece a lo largo de la historia a pesar de los intentos de eliminar a sus profesantes. Las ideas de Galilei, Giordano Bruno, Miguel Servet resultaron imponiéndose a lo largo de los siglos. Y esto para no mencionar lo que ocurrió con el hijo del carpintero nazareno, modelo de idea, de metodología y de comunidad educativa.

A estas alturas de nuestro desarrollo deberíamos haber ya entendido que una idea sólo se combate con otra idea y que una idea que nace como verdad de una realidad resquebrajada, sólo se combate reconstruyendo auténticamente esa realidad que le ha dado origen. ¿A qué matar maestros y discípulos acusándolos de ser cómplices en procesos de indoctrinamiento cuando hay una realidad sufriente que se impone por sí misma? ¿A qué las amenazas, los cateos de escuelas, universidades y colegios acusándolos de ser el epicentro de la subversión, cuando hay toda una historia de dolor que es subvirtiente por ella mis-

ma? ¿A qué tanta sangre de los mejores hombres del presente y de los mejores hombres del futuro si la raíz del mal no está en sus voluntades?

Habría que volver inteligentemente los ojos a la historia y realizar con valentía la acción allí donde corresponde. No sobre la vida humana. No por los métodos de la muerte. Por los métodos de la razón y la justicia.

A pesar de un triunfalismo declarado en torno a la regularidad de las tareas educativas y a la finalización normal del año lectivo, la realidad ha sido muy otra. La educación fue envuelta, y con clara voluntad de hacerlo, por la marejada de irracionalidad y de violencia generada por el egoísmo prepotente, la sumisa incapacidad de hacerle frente y el desmesurado apetito de poder.

En el camino que la educación recorrió en 1980 quedan heridos, cadáveres, maestros y discípulos con la amenaza a los talones, recintos del saber escombrados, procesos de enseñanza-aprendizaje sórdidos, tibios, inconclusos. Quedan muchas ilusiones rotas, muchos jóvenes que tuvieron que marcharse con sus aspiraciones a otra parte. Queda mucho luto, mucha muerte, mucha sangre. Las fuerzas en contienda, quien más quien menos, encontraron en la educación a un cordero sacrificable. Y esto... ¡es una gran tragedia nacional!

F.A.E

